

20 AÑOS DE *ESTE PAÍS*

La economía mexicana vive tiempos anormales: se encuentra a mitad de camino entre dos patrones disímiles de desarrollo y en medio de una crisis global. Sin duda, sobrevendrán cambios en el orden económico internacional y en el interno, situación que afectará a toda la organización social y a la distribución del poder político. No se trata de las oscilaciones cíclicas típicas, ni podrían paliarse con alteraciones menores de los instrumentos macroeconómicos. La tarea cubre mucho más terreno, abarca desde la reconstrucción de las instituciones económicas, la remodelación política y de la seguridad colectiva hasta la consolidación de un pacto social nuevo que no sólo equilibre el juego de las diversas fuerzas sociales sino que también induzca la recuperación de la capacidad nacional de progresar y de imprimir un rostro civilizado a ese proceso. DI

Una visión de la economía nacional

David Ibarra¹

Los hechos

En el ámbito restringido de la economía subsisten varios desequilibrios que al retroalimentarse mantienen postrada a la producción y al empleo o producen depresiones repetitivas. Uno es de orden estructural, se caracteriza por un proceso incompleto de modernización fiscal y de la planta productiva vernácula. Aquí destacan dos cuestiones desatendidas: la apertura de mercados

¹ Licenciado en contaduría pública y en economía por la UNAM y estudios de posgrado en la Universidad de Stanford, David Ibarra Muñoz (Querétaro, 1930) fue Secretario de Hacienda.

resultó destructiva de los nexos interindustriales por instrumentarse sin programas de reconversión productiva y sin política industrial; y la copia extralógica de modelos foráneos llevó al desmantelamiento de la política tributaria cuando se suprimieron sin compensación los impuestos al comercio exterior y se desgravó sustantivamente el Impuesto sobre la Renta hasta obligar a expoliar las finanzas de PEMEX.

El segundo desequilibrio es financiero: la banca casi ha abandonado el crédito a la producción y a las inversiones. El Banco de México descuida el crecimiento de la economía, así como la debida regulación de la banca extranjerizada o nacional.

El tercer desajuste es de orden social y se refleja en la intensificación del desempleo, de la injusticia distributiva y de la aglomeración de perdedores en la justa de la competencia. El último, se relaciona con el predominio de enfoques segmentados en las estrategias públicas, cuyo horizonte, circunscrito a la estabilización, suele aplazar la reconstrucción equilibrada y modernizadora de estructuras e instituciones de las que depende en última instancia el crecimiento sostenido.

Los escollos se dan lo mismo a escala macro que micro económica. Desde tiempo atrás, la tasa de crecimiento del ingreso por habitante decayó con el debilitamiento consiguiente del mercado de trabajo; la apreciación deliberada del peso desde la segunda mitad de la década de los noventa contrarió y contraría la dirección básica de la estrategia de desarrollo hacia afuera y obliga a descuidar la producción interna; además, la renuncia indiscriminada al intervencionismo estatal impide, hoy, la instrumentación de una eficaz política contracíclica en la crisis.

Como es natural, el costo principal de la política adoptada consistió en deprimir la actividad económica y en contraer cíclica y dramáticamente a la economía. En 1995 el producto cayó más del 6%, y otro tanto, ocurre en 2009. Por supuesto, el consumo privado y la inversión

se contrajeron todavía más.

Los pocos signos alentadores se asocian a la expansión de las exportaciones y también a logros estabilizadores importantes: la inflación anual baja al 27-28% en los ochentas y a 4-5% en la actualidad; el tipo de cambio se aprecia demasiado y estabiliza con oscilaciones alrededor de 12 pesos por dólar; el déficit público se mantiene bajo, entre el 1 y el 3% del producto, según se cuente; las tasas pasivas de interés (CETES a 28 días) se reducen a poco más del 4 por ciento.

Por lo que hace a las perspectivas de 2011, los pronósticos oficiales y privados sitúan el crecimiento del producto en cifras inferiores (3.5-4%) a las alcanzadas en el ejercicio anterior (5%); la inflación anual oscilará entre el 3 y el 4%; el tipo de cambio, alrededor de 12 pesos por dólar, revaluándose; el déficit público entre 0.75% y 3.2% del producto, también según se mida; la cuenta corriente registrará un déficit de unos 13 mil millones de dólares.

En suma, el énfasis sigue puesto en la estabilidad de precios con políticas fiscales y monetarias de corte conservador dirigidas a sostener ritmos modestos de crecimiento, pese a que el desempleo abierto y el ascenso de la informalidad se mantengan en cifras peligrosamente altas.

El énfasis sigue puesto en la estabilidad de precios con políticas fiscales y monetarias de corte conservador dirigidas a sostener ritmos modestos de crecimiento, pese a que el desempleo abierto y el ascenso de la informalidad se mantengan en cifras peligrosamente altas.

Estabilización y crecimiento

La mejoría reciente de la situación macroeconómica no es general ni compensa por entero la caída de 2009: el consumo del grueso de la población sigue deprimido y por tanto las ramas

productivas más afectadas son las que se asocian a la demanda popular y a la inversión. Se espera cierto dinamismo en algunas actividades vinculadas a los mercados externos. Asimismo, el sector bancario sigue arrojando altas utilidades a pesar de la crisis y las acusadas restricciones crediticias.

El ciclo de recuperación económica encuentra escollos para recolocarnos en la trayectoria histórica de elevado crecimiento. Diversos factores externos adversos siguen presentes y los puentes entre las estrategias de corto y largo plazos están trancos. La destrucción innecesaria de buena parte de la red de nexos interindustriales hace que las importaciones se disparen tan pronto como la economía comienza a crecer, y la dependencia de la incierta recuperación norteamericana alimenta la incertidumbre.

Otra rémora se sitúa en la incapacidad de la política monetaria y del sector bancario para cumplir funciones indispensables de intermediación financiera, de crédito a la producción y a la formación de capital. En efecto, la cartera conjunta de la banca comercial y de desarrollo ha caído del 63 al 21% del producto entre 1995 y 2008, uno de los más bajos coeficientes de intermediación financiera del mundo. La banca comercial ha disminuido en 33% su cartera real de crédito, particularmente al sector privado, a pesar de los estímulos de las garantías y redescuentos de los bancos estatales. Por su parte, la transformación de la banca de desarrollo, que es ahora banca de segundo piso, la hizo abandonar dos de sus funciones centrales: el crédito directo al sector privado conforme a prelación nacional y la capacidad de preparar programas o proyectos de inversión.

La reprivatización-extranjerización de la banca comercial y la pérdida de iniciativa de la banca de desarrollo son causa de la ruptura de muchos de los nexos entre economía, financiamiento de la producción y capacidades estatales de respaldar el crecimiento. Por su parte,

la política monetaria constreñida a manejar las tasas pasivas de corto plazo contribuye poco a abatir las tasas activas de interés que cubren los empresarios. A su vez, la falta de directrices y regulaciones permite que la banca comercial se especialice en el crédito al consumo con altísimas tasas de interés, o que preste sin riesgo al gobierno.

Vista la situación del lado del empleo, la situación es alarmante. La población económicamente activa creció 140% entre 1980 y 2008, esto es, a una tasa media anual superior al 3%. En contraste, el empleo en el sector secundario, que podría tomarse como el segmento de la economía modernizada de mercado, vio declinar su participación en la población activa en casi 50% entre 1990 y 2008.

Según el INEGI, en 2009 la población trabajadora informal y agrícola (26.1%) excedía al número de trabajadores formales (18.4%) como proporción de la población económicamente activa. Conforme a cálculos distintos (OIT y otros), la informalidad y los trabajadores de bajísima productividad exceden el 40% de la fuerza laboral. El empleo se precariza, las remuneraciones bajan, las jornadas parciales se multiplican, mientras se comprime el número de los mejores puestos. Las cifras son todavía más desalentadoras si se toma en cuenta a los jóvenes. Ahí la tasa de desocupación excede tres o más veces la media nacional.

El empleo se precariza, las remuneraciones bajan, las jornadas parciales se multiplican, mientras se comprime el número de los mejores puestos. Las cifras son todavía más desalentadoras si se toma en cuenta a los jóvenes. Ahí la tasa de desocupación excede tres o más veces la media nacional.

Dejando de lado los avances en materia de inflación o de los equilibrios presupuestales, cabría concluir que las cuestiones medulares a la salud y al crecimiento de la economía reciben atención secundaria en la confección de las políticas gubernamentales o en las acciones del

sector privado.

En ese sentido, las prelaiones debieran estar dirigidas a reconstruir los mecanismos sociales de formación de consensos; fomentar prioritariamente el empleo; propiciar la reconversión deliberada de la planta productiva nacional y la integración del sector exportador al resto de la economía; establecer derechos sociales exigibles en favor de los grupos marginados y que compensen el proceso de concentración del ingreso; normalizar el funcionamiento de la banca comercial y de la banca de desarrollo; mejorar al sistema educativo y de investigación básica, y, sobre todo, fijar metas económicas y sociales mejor equilibradas con las de la estabilización.

El listado incompleto del párrafo anterior muestra el amplio campo que debiera desbrozarse con el propósito de abreviar la recuperación económica y de humanizar el desarrollo nacional. El camino es largo, pero las posibilidades están abiertas, son conocidas y asequibles, las aprovechan varios países en desarrollo, como lo demuestran palmariamente los casos del sureste asiático, Brasil y Chile. Si se procede con firmeza y prudencia, aun en circunstancias muy distintas, nada impediría que reaccediéramos al elevado desarrollo que caracterizó a la economía nacional entre 1940 y 1980. De otra suerte el receso económico podría convertirse en depresión democrática.